

Los mitos de la austeridad

Paul Krugman. 1º de julio de 2010. ¹

Cuando era joven e ingenuo creí que las personas importantes asumían posiciones basadas en una cuidadosa consideración de sus alternativas. Ahora lo entiendo mejor: mucho de lo que la Gente Seria cree se basa en prejuicios, no en análisis. Y estos prejuicios están sujetos a manías y a modas.

Fred R. Conrad/The New York Times

Lo que me lleva al tema de la columna de hoy. Durante los últimos meses, otros y yo hemos visto con asombro y horror en los círculos políticos la emergencia de un consenso a favor de la inmediata austeridad fiscal. Es decir, de algún modo el asunto se ha convertido en la sabiduría convencional de que es momento de recortar el gasto, a pesar de que las principales economías del mundo están profundamente deprimidas.

Esta sabiduría convencional no se basa en pruebas ni análisis cuidadosos; se basa, en cambio, en lo que piadosamente podría llamarse especulación pura, y de manera menos pía, producto de la imaginación de la élite política, específicamente, en la creencia de lo que he llegado a imaginar como el invisible vigilante de bonos y el hada de la confianza.

Vigilantes de bonos son los inversionistas que retiran su confianza a los gobiernos que perciben como incapaces o indispuestos para pagar sus deudas. Ahora no hay duda de que los países pueden sufrir crisis de confianza (véase Grecia, la deuda de). Pero lo que los abogados de la austeridad reclaman es que (a) los vigilantes de bonos están a punto de atacar a Estados Unidos, y (b) seguir gastando en el plan de estímulos los hará tronar.

¿Qué razones tenemos para creer que algo de esto es cierto? Sí, Estados Unidos tiene problemas de presupuesto a largo plazo, pero lo que hagamos por estimular la economía durante los próximos dos años casi no tiene que ver con nuestra capacidad para hacer frente a estos problemas a largo plazo. Como ha dicho recientemente Douglas Elmendorf, director de la Oficina de Presupuesto del Congreso: “No hay ninguna contradicción intrínseca entre la provisión de estímulos fiscales adicionales de hoy, mientras que la tasa de desempleo es alta y muchas fábricas y oficinas están subutilizadas, y la imposición de la austeridad fiscal dentro de varios, cuando la producción y el empleo probablemente se acerquen a su potencial”.

Sin embargo, de tanto en tanto se nos dice que los vigilantes de los bonos han llegado, y que hay que imponer austeridad ahora, ahora, ahora, para apaciguarlos. Hace tres

1. <http://www.nytimes.com/2010/07/02/opinion/02krugman.html>

meses, un leve aumento en las tasas de interés a largo plazo produjo histeria: “Los temores de la deuda disparan las tarifas” fue el titular del *The Wall Street Journal*, aunque no había evidencia real que justificara tales temores, y Alan Greenspan declaró que el aumento era “un canario en la mina”.

Desde entonces, las tasas de largo plazo han caído de nuevo. Lejos de huir de la deuda del gobierno de EE.UU., los inversionistas, evidentemente, la consideran como su apuesta más segura en una economía tambaleante. Sin embargo, los abogados de la austeridad aún nos aseguran que los vigilantes de bonos atacarán en cualquier momento si no reducimos el gasto inmediatamente.

No se preocupe: los recortes en el gasto pueden doler, pero el hada de la confianza le quitará el dolor. “La idea de que las medidas de austeridad podrían detonar el estancamiento es incorrecta”, declaró en una entrevista reciente Jean-Claude Trichet, presidente del Banco Central Europeo. ¿Por qué? Porque “las políticas generadoras de confianza fomentarán, en vez de dificultar, la recuperación económica”.

¿Cuál es la prueba en que se basa la creencia de que la contracción fiscal es en realidad expansionista, ya que mejora la confianza? (Por cierto, ésta es precisamente la doctrina expuesta por Herbert Hoover en 1932). Bueno, la Historia registra casos en que tras el recorte del gasto y el aumento de impuestos ha seguido el crecimiento económico. Pero hasta donde puedo afirmarlo, cada uno de esos ejemplos prueba, tras un minucioso examen, ser un caso donde los efectos negativos de la austeridad fueron compensados por otros factores —que probablemente no fueran relevantes en la actualidad. Por ejemplo, la era de la austeridad-con-crecimiento de Irlanda en el decenio de 1980 dependió de la drástica decisión de trocar el déficit comercial en superávit comercial, estrategia que no todo el mundo puede aplicar al mismo tiempo.

Y los ejemplos actuales de austeridad son cualquier cosa menos alentadores. Irlanda ha sido un buen soldado en esta crisis. Aplicó estoicamente recortes salvajes al gasto. Su recompensa ha sido un descenso del nivel de depresión —y los mercados financieros siguen tratándola como un riesgo de incumplimiento grave. Otros buenos soldados, como Letonia y Estonia, lo han hecho aún peor. Y créalo usted o no, las tres naciones tuvieron peores descensos en la producción y el empleo que Islandia, país cuya crisis financiera fue de tal magnitud que fue obligado a adoptar políticas menos ortodoxas.

Así que la próxima vez que escuche a alguien explicar con tono grave lo necesario que resulta adoptar la austeridad fiscal, intente analizar su argumento. Casi con toda seguridad, descubrirá que lo que suena como práctico realismo en realidad se apoya en una base de fantasía, en la creencia de que los vigilantes invisibles nos castigarán si somos malos y la hadas de la confianza nos recompensarán si somos buenos. Y la política del mundo real —la política que ha arruinando la vida de millones de familias trabajadoras— se está construyendo sobre esa base.